



La estantería
de las
damas

Por Osamu Dazai

Arte por Nekosuke

La niña que se convirtió en pez

La estantería de las damas

Volumen 4

La niña que se convirtió en pez (GYOFUKUKI)

Autor: Osamu Dazai

Ilustrador: Nekosuke

Traductor al inglés: David Boyd | Kodansha USA Publishing, LLC

Traductor al español: Svartalheimer



*La niña que se
convirtió en pez*



Osamu Dazai + Nekosuke

OSAMU DAZAI

Nacido en 1909 en la prefectura de Aomori. Su cuento de 1935, "Flores de la bufonería", quedó en segundo lugar en la edición inaugural del Premio Akutagawa, y al año siguiente publicó su primera colección, Los años finales. Dazai se convirtió en una celebridad literaria de la posguerra gracias a novelas como El ocaso, pero en 1948 se ahogó en el canal de Tamagawa, dejando atrás su última obra maestra, Indigno de ser humano.

Ilustraciones: NEKOSUKE


Originario de la prefectura de Tottori, Nekosuke ilustra portadas de libros, juegos, carátulas de CD y más. Sus publicaciones incluyen Soíree: Colección de obras de arte y Libélula Roja (por Nankichi Niimi).



I

En el extremo norte de Honshu se encuentra una serie de colinas llamadas Cordillera Bonju. Estas colinas, que se elevan un poco más de mil pies como máximo, rara vez están marcadas en los mapas. Se dice que hace mucho tiempo, cuando toda la región estaba bajo el agua, Yoshitsune y sus sirvientes la cruzaron en barco mientras huían cada vez más al norte, hacia la lejana tierra de Ezo. Durante su travesía, el barco chocó contra una de estas colinas, y la marca dejada por ese impacto sigue siendo visible hasta el día de hoy: una mancha de tierra roja en los acantilados, a medio camino de una colina cerca del centro de la cordillera.

Esa colina se conoce como Mahageyama (Montaña del caballo). Desde el pueblo que se encuentra debajo, dicen, el contorno de la montaña se asemeja a un caballo al galope, pero en realidad se parece más al perfil de un anciano enfermizo.

The background is a dark, atmospheric painting. The top half shows a heavy, grey, overcast sky with soft, textured brushstrokes. Below the sky is a dark, horizontal line representing the horizon. The bottom half of the image is a dark, textured expanse, likely representing a body of water or a dense forest, with subtle variations in tone and texture suggesting depth and movement. The overall mood is somber and contemplative.

Mahageyama es famosa localmente por su belleza panorámica. El pueblo a sus pies es un lugar desolado y empobrecido de no más de veinte o treinta casas, pero si sigues el río que lo bordea unos pocos kilómetros río arriba, encontrarás una rugiente cascada blanca de unos treinta metros de altura. El follaje a finales de verano y otoño es magnífico, y durante esos meses, los visitantes de los pueblos vecinos le dan algo de vida al lugar; incluso hay un modesto puesto de té debajo de las cataratas.



A finales del verano de ese año, un niño cayó a su muerte allí. No saltó; fue simplemente un accidente. Era un estudiante con piel clara de la ciudad que había venido a recolectar plantas. En la zona crecen bastantes helechos raros que atraen a un gran número de entusiastas.

La cuenca de inmersión en el fondo de las cataratas está rodeada por tres lados por altos acantilados; sólo al oeste hay una brecha estrecha donde el agua ha devorado la roca. Los acantilados están siempre húmedos por las salpicaduras y a lo largo de ellos crecen helechos que tiemblan constantemente con el rugido de la cascada.

El niño que murió había estado trepando por el costado del estanque. Era tarde y el sol de principios de otoño todavía brillaba intensamente sobre los acantilados salpicados de espuma. Cuando el niño estaba a mitad de camino, la roca bajo su pie, que era aproximadamente del tamaño de la cabeza de una persona, de repente cedió. Cayó sin hacer ruido, casi como si lo hubieran arrancado de la pared de piedra del acantilado. En el camino hacia abajo, fue atrapado por la rama de un viejo árbol que crecía entre las rocas, pero se rompió. El niño cayó al agua con un espantoso chapoteo.

Un puñado de personas presenciaron la caída, pero la que vio con mayor claridad los últimos momentos del niño fue la niña de trece años que atendía el puesto de té.





Observó cómo el niño era arrastrado hacia lo profundo del remolino del abismo, sólo para que su cuerpo flotara nuevamente hacia la superficie. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. La camisa azul que vestía estaba rota en algunos lugares, pero su mochila de recolección aún colgaba de su hombro.

Un momento después, el cuerpo del niño fue succionado hacia el fondo del agua una vez más.



II

En los días despejados que comienzan a finales de la primavera y continúan hasta bien entrado el otoño, se pueden ver a kilómetros de distancia columnas de humo blanco que se elevan sobre Mahageyama. Los árboles de la montaña están llenos de vida en esta época del año y los carboneros locales están ocupados aprovechándolos al máximo.

En Mahageyama había una docena de chozas de carboneros. Una de ellas fue construida cerca de las cataratas, a considerable distancia de las demás, porque el hombre que allí vivía era extraño. La chica del puesto de té era su hija y se llamaba Suwa. Juntos vivían en esta cabaña durante todo el año.

Su padre había construido el puesto junto a las cataratas con troncos y pantallas de caña cuando Suwa tenía once años. Lo abasteció con galletas de arroz, botellas de refresco de limón y varios tipos de dulces baratos para que los vendiera su hija.



A medida que aumentaba el número de visitantes con la llegada del verano, el padre de Suwa ponía estos refrigerios en una canasta grande y los llevaba a las cataratas. Suwa lo seguía, sus pies descalzos golpeaban el suelo. Su padre regresó a la cabaña más o menos de inmediato mientras Suwa se quedó atrás para observar el puesto. Al primer vistazo de clientes potenciales, gritaba en voz alta: "¡Refrescos!", tal como su padre le había dicho, pero la bonita voz de Suwa era ahogada por el sonido de las cataratas. Rara vez conseguía que un visitante voltease la cabeza y nunca logró ganar ni cincuenta sen en un día.

Su padre regresaba al anochecer, cubierto de pies a cabeza con polvo de carbón, y preguntaba:

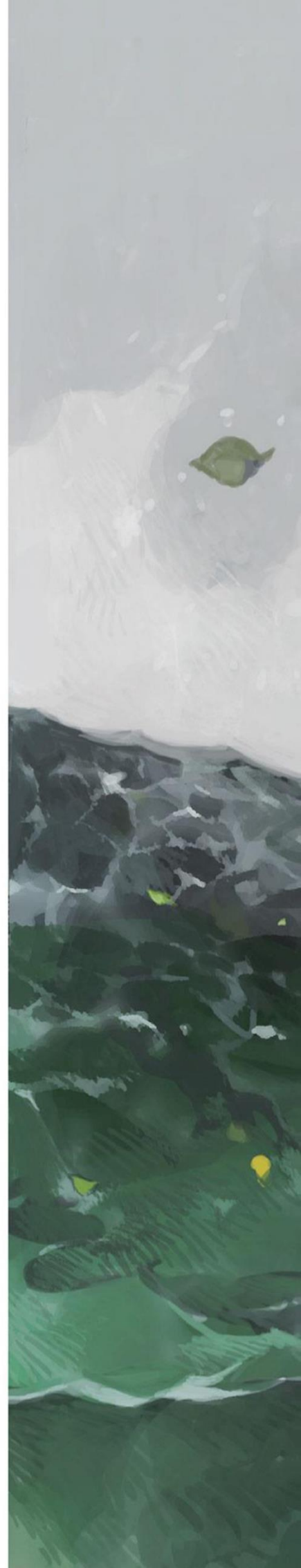
“¿Cuánto ganaste?”.

“Nada”.

“Bueno, así es entonces”, murmuraba su padre con resignación, mirando hacia las cataratas. Luego, los dos cargaban los artículos nuevamente en la canasta y regresaban a la cabaña.


Así Suwa pasaba sus días hasta que llegaba la primera helada.

El padre de Suwa nunca se preocupó por dejar a su hija sola en el puesto. Ella nació en la montaña; no había peligro de que resbalara con las rocas o fuera absorbida por el estanque. En los días en que hacía buen clima, Suwa se quitaba la ropa y nadaba junto a la pared de la cuenca. Incluso desde el agua, cuando veía a un cliente potencial, se quitaba con entusiasmo el cabello corto y moreno de los ojos y gritaba: "¡Refrescos!".









En los días de lluvia, Suwa se metía debajo de una estera de paja junto al puesto y tomaba una siesta. Las frondosas ramas del gran roble de hoja perenne que se extendía sobre el puesto protegerían de la lluvia a la niña dormida.

Suwa siempre estaba mirando las estruendosas cataratas, segura de que si miraba lo suficiente, el agua se acabaría en algún momento. A menudo se preguntaba cómo era posible que el agua que se derramaba en la piscina tuviera el mismo aspecto, día tras día.

Sin embargo, últimamente sus pensamientos se habían profundizado.

Suwa descubrió que la forma del agua que caía en realidad no era la misma todo el tiempo: todo, desde los patrones del rocío hasta la anchura de las cataratas, estaba en constante cambio. Se dio cuenta de que la cascada ni siquiera era agua, sino una nube; lo podía decir por la niebla blanca que se elevaba mientras caía en torrente sobre los acantilados. Después de todo, se dijo Suwa, nada tan blanco podía ser agua.

Un día, Suwa estaba pasando el tiempo junto a las cataratas, perdida en sus pensamientos como de costumbre. Era un día gris y había un toque amargo en el viento otoñal que soplaba contra sus mejillas sonrosadas.



Ella estaba pensando en una historia... una que su padre le había contado hacía mucho tiempo, sosteniéndola en sus brazos mientras estaba sentado junto a la pila de carbón. Era la historia de dos hermanos, leñadores llamados Saburo y Hachiro. Un día, el hermano menor, Hachiro, trajo a casa unas truchas de color cereza que había pescado en el arroyo. Sin esperar a que Saburo bajara de la montaña, Hachiro asó uno de los pescados y se lo comió. Lo encontró tan delicioso que tomó otro, luego otro. No pudo detenerse y en poco tiempo ya había devorado toda la captura. Ahora tenía sed... una sed insoportable. Hachiro bebió toda el agua del pozo, luego corrió hacia la orilla del río en el borde del pueblo y bebió aún más. Mientras bebía, comenzaron a brotar escamas por todo su cuerpo. Cuando Saburo encontró a su hermano, Hachiro se había transformado en una terrible serpiente, nadando en el agua. "¡Hachiro!", gritó, y desde el río, la serpiente lloró mientras él respondía: "¡Saburo!". Los dos hermanos lloraron y lloraron, uno en la orilla, el otro en el agua, gritando: "¡Hachiro!" "¡Saburo!" Pero no podían hacer nada.

Cuando Suwa escuchó esta historia, sintió tanta lástima por los hermanos que se metió en la boca uno de los dedos ennegrecidos por el carbón de su padre y lloró.

Al despertar de su ensoñación, Suwa parpadeó con incredulidad. Las cataratas susurraban. Hachiro... Saburo.... Hachiro...





Su padre apareció, apartando la hiedra roja que colgaba de los acantilados.

“Suwa, ¿Cuánto ganaste?”.

Ella no respondió. Mientras se frotaba el rocío brillante de la punta de la nariz con los nudillos, su padre, sin decir palabra, recogió los productos del puesto de té.

Luego, Suwa y su padre caminaron el casi medio kilómetro de regreso a la cabaña, bajando por un sendero empinado a través de la hierba de bambú.

“Es todo para el puesto”, dijo el padre de Suwa, mientras las botellas de refresco tintineaban mientras pasaba la canasta de su mano derecha a la izquierda. “Nadie más subirá a la montaña este año”.

Cuando el sol empezó a ponerse, no se oía nada más que el sonido del viento. De vez en cuando, las hojas secas de los robles y los abetos caían sobre ellos como aguanieve.

"Papá", llamó Suwa a su padre desde atrás. "¿Para qué estas viviendo?".

Él encogió sus anchos hombros y se giró, mirando fijamente la expresión grave en el rostro de su hija. "¿Cómo podría saberlo?", él murmuró.

"Entonces, ¿Por qué molestarse en vivir?", preguntó ella, masticando un tallo de pasto Eulalia que había arrancado a lo largo del camino.

El padre de Suwa levantó la mano, dispuesto a disciplinarla. Pero lentamente, vacilantemente, la dejó caer. Desde hacía algún tiempo, había sido consciente del creciente humor de Suwa. Se está convirtiendo en mujer, pensó, así que decidió dejarlo pasar.

"Sí, supongo que así es como es..."

Suwa se enfureció muchísimo por la inútil respuesta de su padre. Trozos de hierba saltaban de su boca y gritaba:

"¡Te odio! ¡Te odio!"



Los champiñones caramelo -pequeños, marrones y jugosos- alcanzaban un precio particularmente alto. Se podían encontrar en troncos podridos, creciendo en racimos entre los helechos. Cada vez que Suwa veía esos cúmulos verdes, le recordaba al único amigo que había tenido. Espolvoreaba trozos de musgo de helecho sobre su cesta llena de setas antes de regresar a la cabaña, y eso siempre la hacía sonreír.





Cada vez que su padre ganaba mucho dinero por el carbón o los hongos volvía apestando a alcohol. A veces también le traía un regalo a Suwa... una bolsa de papel con un pequeño espejo o alguna otra baratija.

Una mañana, una tormenta arrasó la montaña y sacudió la estera que colgaba en la entrada de su cabaña. Suwa era la única allí; su padre había partido hacia el pueblo con las primeras luces del día.

Atrapada en la cabaña todo el día, Suwa se recogió el cabello por primera vez en mucho tiempo. Lo ató con una cinta de papel decorada con ondas, otro de los regalos de su padre. Luego avivó el fuego y esperó a que él regresara. Una y otra vez podía oír los alaridos de los animales mezclándose con el sonido del viento entre los árboles.

El sol había comenzado a ponerse, así que Suwa cenó sola: miso frito sobre una cama de cebada.



Cuando cayó la noche, el viento amainó y comenzó un frío intenso. Acontecen cosas extrañas en las montañas en noches tan tranquilas. Suwa podía escuchar árboles gigantes siendo derribados por tengus, el sonido de alguien lavando frijoles adzuki justo afuera de la cabaña, las risas de hombres de la montaña resonando en la distancia.







Cansada de esperar a su padre, Suwa finalmente se acurrucó en su cama de paja junto al centro. Mientras dormitaba, tuvo la certeza de que de vez en cuando alguien levantaba una esquina de la alfombra de la puerta y miraba hacia adentro. Pensando que tenía que ser un hombre de la montaña, Suwa se quedó perfectamente quieta, fingiendo estar profundamente dormida.

A la luz de las brasas agonizantes, apenas podía distinguir trozos blancos que revoloteaban y aterrizaban en el suelo de tierra: ¡La primera nevada del año! Incluso al borde de quedarse dormida, el pensamiento la emocionaba.



Dolor. Un peso tan pesado que le entumecía todo el cuerpo. Suwa pudo oír esa familiar y apestosa respiración.

“¡Te odio!”, gritó, corriendo afuera aturdida.

¡Una tormenta de nieve! El viento feroz arrojó una ráfaga de nieve en la cara de Suwa, derribándola. En apenas unos momentos, su cabello y su ropa se cubrieron de blanco.

Suwa se levantó, con los hombros agitados mientras jadeaba por respirar. Siguió adelante, con la ropa agitada por el viento.



El sonido de las cataratas se hacía cada vez más fuerte. Siguió adelante, limpiándose la nariz con la palma una y otra vez. Pronto pudo oír el agua embravecida casi directamente debajo de ella.

Desde un estrecho espacio entre los árboles áridos y gimientes, Suwa susurró una sola palabra:

“¡Papá!”.

Y luego ella saltó.

IV

Cuando Suwa volvió en sí, sólo una luz tenue llegó a sus ojos. Podía sentir el débil estruendo de la cascada que venía desde muy arriba. Las vibraciones sacudieron todo su cuerpo; estaba helada hasta los huesos.

¡Oh, estoy en el fondo del río! Al darse cuenta de esto, una ola de profundo alivio invadió a Suwa. Se sintió renovada.

Pataleando, se abalanzó por el agua sin hacer ruido. Mientras aceleraba, casi nadó de nariz hacia la orilla rocosa.

¡Una serpiente!

Me he convertido en serpiente. ¡Estoy tan feliz! Ahora ya no podré volver a casa, se dijo con un movimiento de sus grandes bigotes.





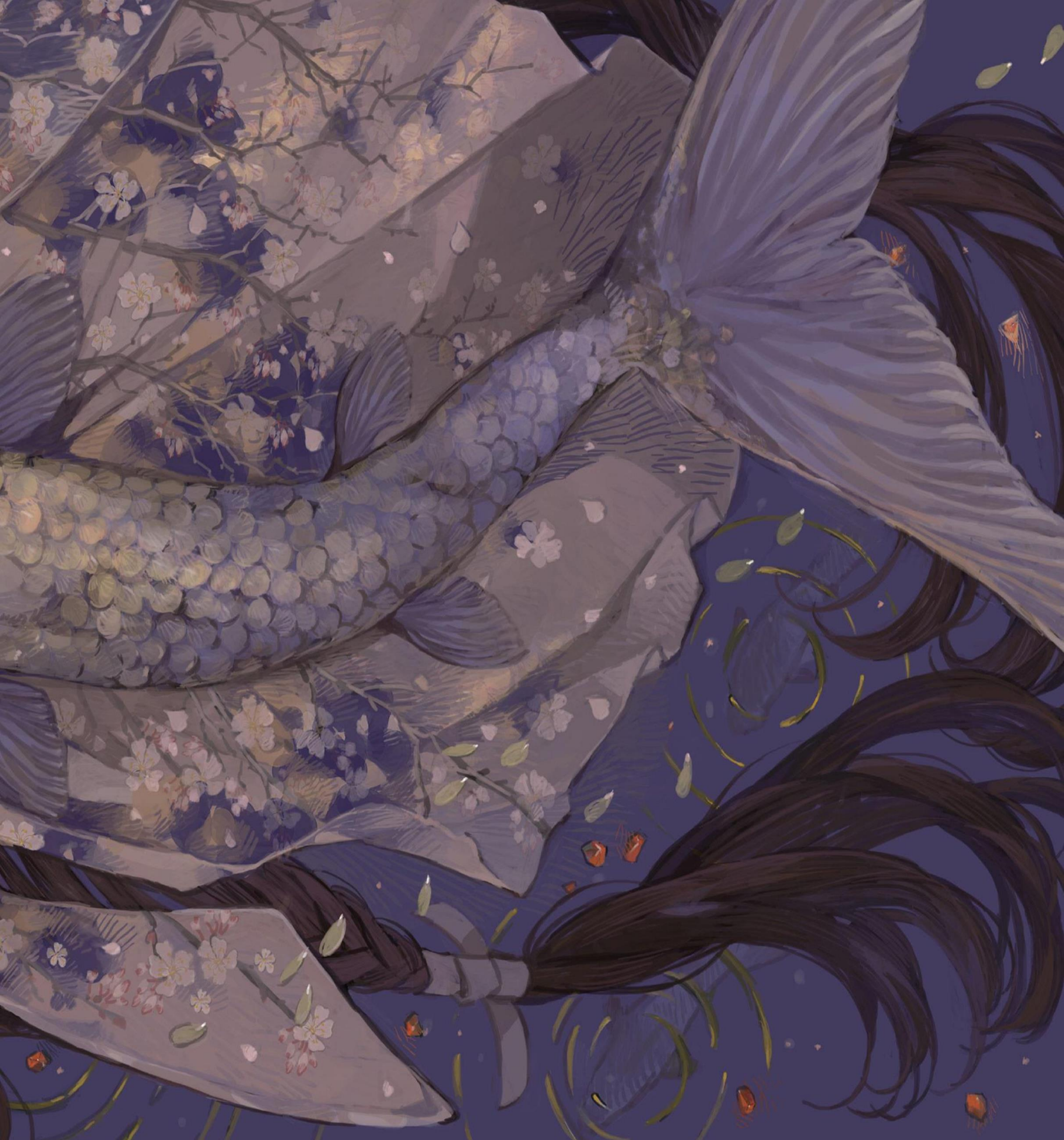
Pero ella era sólo una pequeña carpa, moviendo la verruga en la punta de su nariz mientras abría y cerraba la boca.

La carpa nadaba en círculos cerca del estanque al pie de la cascada. Agitando sus aletas, llegó a unos centímetros de la superficie y luego volvió a sumergirse con un fuerte movimiento de su cola. Persiguió pequeños camarones, se escondió entre los juncos cerca de la orilla y mordisqueó las algas que crecían en las rocas.

Pronto la carpa dejó de moverse, moviendo sus aletas sólo ocasionalmente. Parecía estar perdida en sus pensamientos y permaneció así durante algún tiempo.

Luego, finalmente, se puso en movimiento y se dirigió directamente hacia un remolino de inmersión. En un instante, la atrajo. Ella giró como una hoja y luego desapareció en la oscuridad.

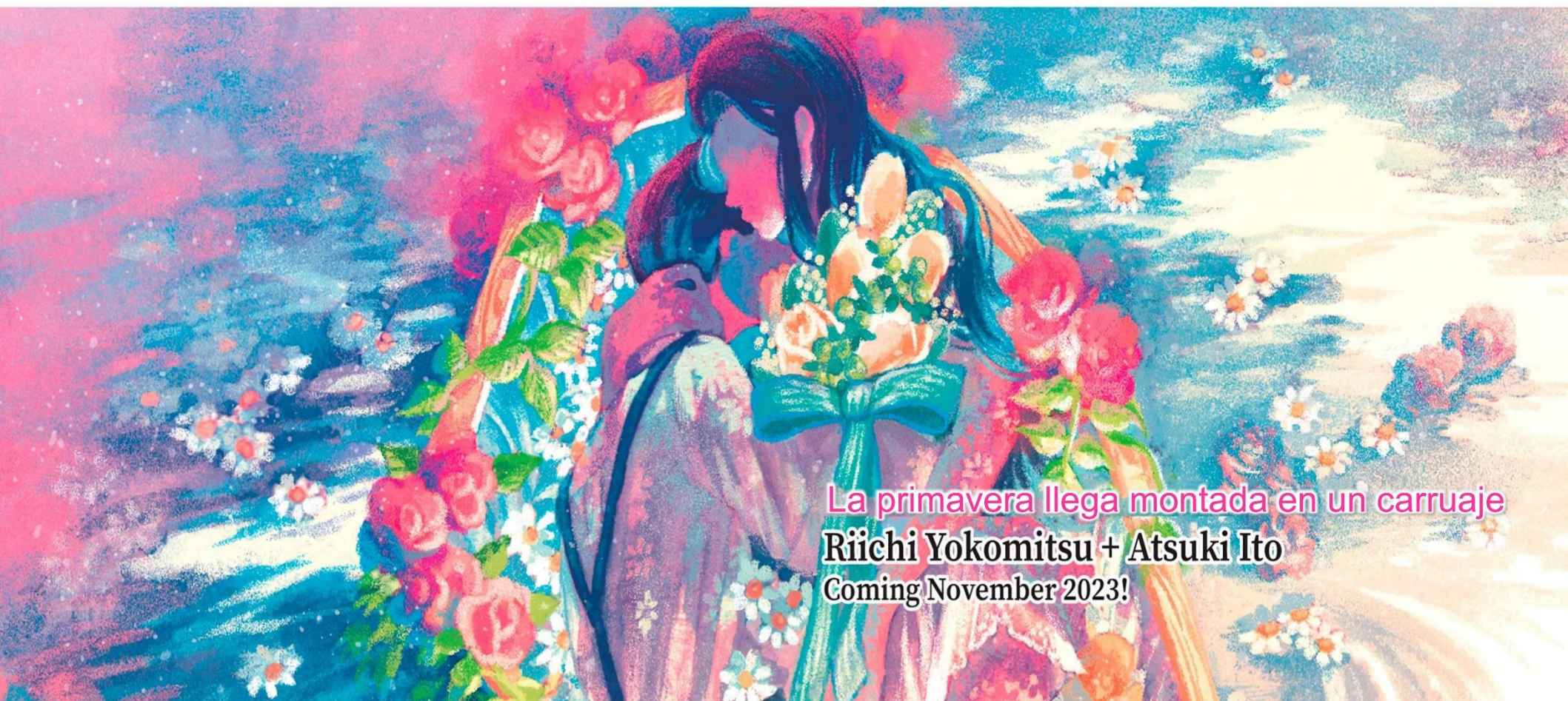




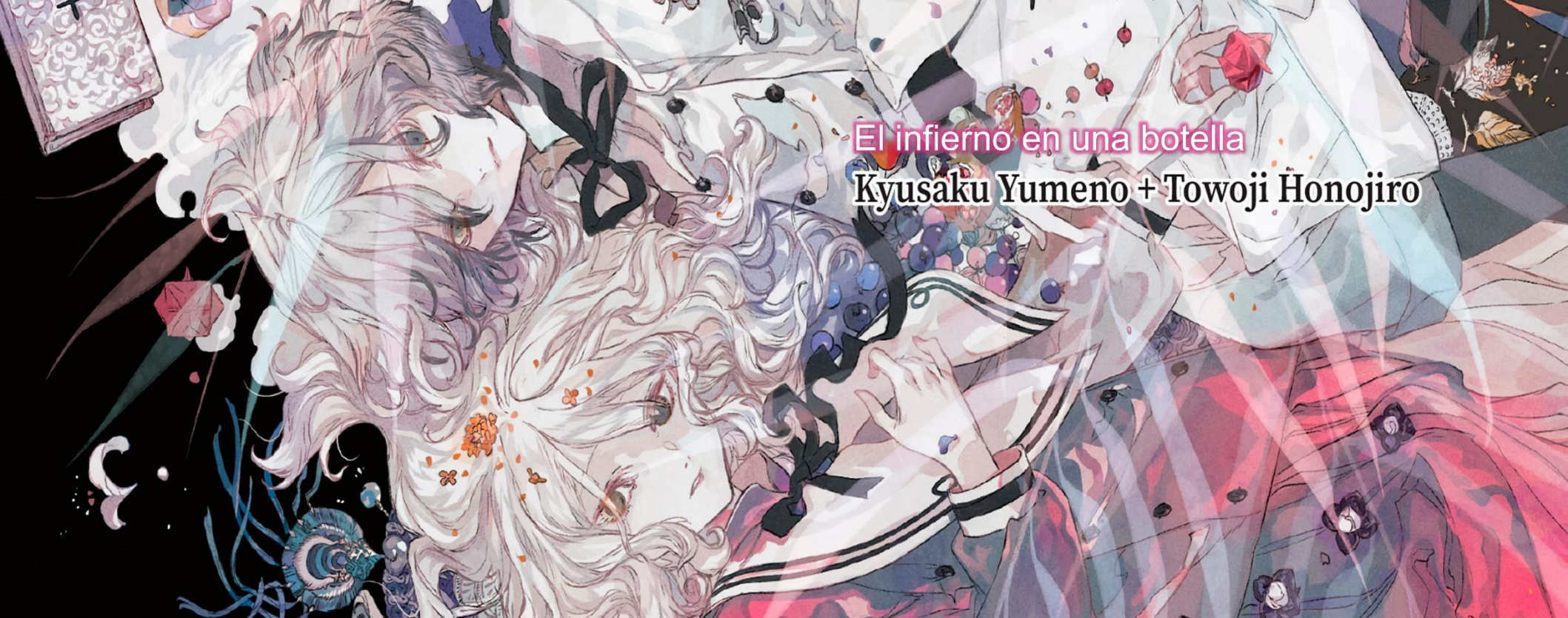


La luna sobre la montaña
Atsushi Nakajima + Nekosuke

*Cuentos clásicos de principios del siglo XX, combinados con magníficas obras de arte originales... Bienvenidos al extraño y sorprendente mundo de **La estantería de las damas**...*



La primavera llega montada en un carruaje
Riichi Yokomitsu + Atsuki Ito
Coming November 2023!



El infierno en una botella
Kyusaku Yumeno + Towoji Honojiro

La estantería
de las
damas

LOS CLÁSICOS NUNCA SE VIERON TAN BIEN



La sala de cirugía
Kyoka Izumi +
Towoji Honojiro



¿Qué oscuro destino aguarda bajo las rugientes cataratas?

Suwa y su padre viven solos en las laderas de la Montaña del caballo y se ganan la vida a duras penas. Durante los meses más cálidos, la hermosa cascada atrae a algunos turistas, pero cuando llega el invierno sólo hay soledad. Suwa haría cualquier cosa para escapar de la vida a la que se ha resignado su padre. Y el atractivo del acantilado es fuerte...

Este clásico temprano del autor de la novela moderna más importante de Japón es una historia oscura e implícita de desesperanza que entreteje el folclore de las montañas en una historia contra la adultez tan vívidamente relevante hoy como lo era cuando fue escrita hace casi cien años.

*Osamu Dazai (1909-1948) fue una de las figuras destacadas de la escena literaria japonesa inmediata a la posguerra, gracias en particular a la impresionante novela semiautobiográfica *Indigno de ser humano*. Sin embargo, su éxito se vio truncado cuando Dazai se ahogó poco antes de cumplir 39 años.*

*La serie *La estantería de las damas* combina cuentos clásicos de principios del siglo XX con magníficas obras de arte originales para crear ediciones coleccionables para una audiencia contemporánea.*